

da la puerta, se sentó ante una mesilla cubierta de papelotes, apoyó los codos en el tablero, dejó caer la cabeza entre sus enormes manos y pronunció estas palabras de un tirón, a media voz, sin mirar al marqués que permanecía de pie, receloso:

LA OMNIPOTENCIA DE OVIEDO RUNTU

Yo nada puedo contra los "ponchos rojos" ni contra las "mamaconas". ¡Ya ha oído usted al ministro de la Guerra! La casa en donde esos sacerdotes y esas sacerdotisas viven, el sitio por donde pasan son sagrados. Llevan consigo las reliquias y las huellas de su Atahualpa. ¡Acaba usted de decirme que también tienen en su poder a sus dos hijos! ¡Nada me lo prueba, y nada "puede" probármelo, puesto que esa prueba me es imposible, me está prohibido ir a buscarla! Pues bien: a pesar de ello, admito que lo que usted asegura sea la horrible verdad. Ahora, razonemos. ¿Quiénes tienen prisioneros a sus hijos? Usted me responde: ¡los soldados de usted! ¡Es falso! ¡yo no tengo nada que ver en todo este asunto! ¿Quién los ha llevado a esa casa? Oviedo Runtu, los soldados de Oviedo Runtu. ¿Quién es Oviedo Runtu? Seguramente le habrá usted visto en Lima, seguramente le conocerá usted. Dice usted: ¡Es un empleado del Banco franco-belga! Yo respondo: sí, sí y no... es un empleado de

una casa de comercio, pero también es el hombre a quien en la actualidad obedecen todos los indios quichúas civiles y militares. ¡Esto es extraordinario, pero es así! Ese indio que se viste en la sastrería de moda en Lima, ese quichúa ha aprendido a leer, a escribir, a contar, se ha resignado a ganarse la vida como un humilde empleado, en suma, a tener una profesión como un hombre civilizado. Entre tanto ha vivido con nosotros, entre nosotros, ha intervenido en nuestros asuntos, ha estudiado nuestras costumbres, se ha dado cuenta del mecanismo de nuestras instituciones financieras, base de todo buen Gobierno y lo que constituye su fuerza. Gana doscientos "soles" en un escritorio y "tal vez sea rey"!... ¡yo no lo sé! ¡Pero es muy posible!... En todo caso sueña con la regeneración de su raza y con sublevar al Perú; todos los jefes quichúas y aimaras son servidores suyos. Huáscar, a quien usted ha tenido empleado en su casa, es su brazo derecho. Cuando yo levanté en armas la provincia de Arequipa, Huáscar vino a verme de parte de Oviedo Runtu y me ofreció su alianza. ¡Y no pude rehusarla!... ¡Y me he unido a Oviedo Runtu porque no podía hacer otra cosa!... ¡Me ha comprendido usted, marqués?... No soy yo el autor de sus desgracias... ¡Es Oviedo Runtu!... ¡Se le encuentra usted en su camino como yo le encontré en el mío!... ¡Y lo siento por usted tanto como por mí, créame!

—¡El es, en efecto, quien lo ha dispuesto todo, quien ha preparado el rapto de mi hija y lo ha llevado a cabo con ayuda de los ponchos rojos!

—¡Lo ve usted!... ¡no haga caer el peso de una acción tan abominable sobre los hombros de un hombre que ha soñado con poner el Perú a la cabeza de las repúblicas más civilizadas de la América del Sur!... ¡Por el momento, me encuentro con las manos atadas por ese hombre!... pero tendremos una explicación y le aseguro a usted que lograré meterle en cintura, porque en el fondo, no obstante su terno de casa de Zárate, no es más que un salvaje. Pero un salvaje que manda a otros salvajes, empleando, como es natural, medios destinados a impresionar su imaginación. El "Interaymí", del cual ordinariamente apenas oímos hablar "en nuestros círculos", va a celebrarse este año de una manera excepcional. Oviedo ha podido prometer a sus congéneres una buena presa, una hermosa víctima... ¡Dadas las costumbres de nuestros quichúas, de nuestros Incas (porque no hay que darle vueltas, todavía tenemos que habérnoslas con los Incas), dadas sus costumbres todo es posible! Lo que también es posible es que ame a su hija de usted, y que la haya robado para sí, sencillamente. Escúcheme usted, se lo suplico; examino todas las hipótesis y termino repitiéndole a usted: "Cualquiera que sea la hipótesis que admitamos, no puedo hacer nada por usted, no puedo hacer más que darle un consejo. Nosotros no podemos luchar contra esos "ponchos rojos", pero "usted puede sobornarlos". Son quichúas. Por medio del dinero se consigue de ellos cuanto se quiere. Cómpreles usted; ahí tiene usted, ahí tiene usted por qué le pregunté antes: "¿tiene usted dinero?"

—¡No! ¡no lo tengo!—respondió el marqués que había escuchado atentamente al dictador.—Salí con tanta precipitación... ¡ya no tengo dinero!...

—¡Pues bien, marqués: yo lo tengo!...

Y silbó de cierta manera. Inmediatamente se abrió la puerta y se presentó el ministro de Hacienda.

—¿En dónde está el tesoro de guerra?—preguntó García.

—¡Debajo de la cama! — respondió el ministro.

Y se arrodilló para coger una maleta de madera, con flejes de hierro, que llevó arrastrando hasta la mesa ante la cual estaba García sentado.

—¡Vete! ¿Qué esperas?

Cuando estuvieron solos, el general sacó una llavecita de su cartera, abrió la maleta y cogió un fajo de billetes de banco que arrojó sobre la mesa. Luego, arrastró por sí mismo el tesoro de guerra hasta su cama, y rechazándolo lejos de sí de un vigoroso puntapié, cogió el fajo de billetes que dejara sobre la mesa, se lo entregó al marqués, y le dijo:

—¡Tome usted! Luego los contará y me los devolverá en Lima, cuando yo sea presidente. ¡Con esto tiene usted bastante para volver blancos todos los ponchos rojos, créame! Esos señores conocen el valor de estos papelititos. Y tal vez sea el mismo Oviedo Runtu quien les ha enseñado a conocerlos. ¡Adiós, marqués y buena suerte!

—¡Excelencia!—exclamó el marqués, dando nuevamente tratamiento a aquel hombre al que

acababa de llamar asesino...—¡no le doy a usted las gracias, pero si consigo lo que deseo!...

—¡Sí, sí... ya sé... su fortuna, su vida, me pertenecen!...

—Excelencia, una palabra... voy a tratar también de sobornar a los soldados de su excelencia, que vigilan la casa juntamente con los "ponchos rojos".

—¡Sobórneles! ¡Sobórneles!

—Y le advierto, excelencia, que si no consigo lo que deseo, aunque seamos pocos y estemos seguros de nuestra derrota y de nuestra muerte, mis amigos y yo atacaremos a los sacerdotes del Sol y a su escolta. ¿Puedo contar con la neutralidad de su excelencia?

—¡Pues claro está!—exclamó García, alegremente.—¡Y si por casualidad le hace usted "pupa" a Oviedo, al descendiente de Huayna Capac, descuide usted, no le haré comparecer ante ningún consejo de guerra!

Se estrecharon las manos y el marqués se marchó. Aún no había salido de la alcoba cuando García se encogió de hombros.

—¡Su hija está perdida!—dijo—¡pero él ya es mío! ¡Imbécil! ¡Nada de esto hubiese sucedido si me la hubiera dado en matrimonio!

El marqués se reunió con Natividad, quien le esperaba, lleno de ansiedad, al pie de la escalera principal, que había bajado algo atropelladamente, merced al empujón del estupendo García.

En la calle encontraron a Raimundo que iba a buscarles. Para que Raimundo hubiese abando-

nado su puesto de observación, era necesario que hubiera ocurrido algo muy grave. El joven estaba pálido, muy agitado.

—¿Qué pasa?—preguntó el marqués.

Raimundo le respondió:

—¡Vengan ustedes pronto! ¡Volvámonos al parador! Ya es hora de adoptar una resolución, una resolución desesperada; ¡pero es preciso intentar algo! ¡Yo me muero! ¿Qué ha dicho García?

—Que no puede hacer nada por nosotros; ¡pero me ha dado un consejo y dinero, y tal vez no esté todo perdido! Pero, ¿por qué ha abandonado usted su puesto de observación? ¿Qué ha sucedido? ¿Siguen allá?

—¡Sí!... sólo un hombre ha salido de la casa custodiada por los ponchos: ¡Huáscar!... le seguí decidido a aprovechar el primer paraje un poco solitario para tener con él una explicación definitiva. ¡Quería pedirle que nos devolviese a María o matarle como a un perro! Pero se dirigió en seguida a la calle Mayor, llegó a la plaza y con gran asombro mío entró en nuestra posada. Como no me había visto, pude esconderme en el portal mientras él estaba en la taberna, y le oí decir al posadero que quería hablar con el marqués de la Torre. El posadero le respondió que había usted salido y que debía haber ido a ver al dictador, porque al marcharse le había usted preguntado las señas del general. Al oír esto, Huáscar preguntó si volvería usted, y el posadero le respondió que sí. Huáscar dijo entonces: "Le esperaré". Y yo vengo a avisarle a usted que está esperando.

—¡Están salvados!—exclamó el marqués cuyo rostro se había iluminado conforme Raimundo hablaba.—¡Seguramente están salvados! ¡Porque, para qué había de buscarme, para qué había de querer hablar conmigo si no tuviese la intención de salvar a mis hijos!

—Eso es lo que yo pensé al pronto — replicó Raimundo—pero le he estado examinando con disimulo y me ha parecido que tiene una expresión muy sombría. Verdad es que desde que le conozco le tengo miedo. ¡Le tengo miedo! ¡No olvidemos que tenemos que habérnoslas con un fanático y que quiere vengarse de María Teresa!

—La marquesa, que era la bondad personificada, le salvó de la miseria más espantosa. ¡No creo que lo haya olvidado! — dijo precipitadamente Cristóbal acelerando el paso.—Me ha chocado mucho verle mezclado en este asunto, pero siempre he pensado que se ha visto complicado a pesar suyo y que tal vez sólo haya intervenido en todo esto con el fin de salvar a María Teresa. ¡Indudablemente fué él quien me envió o me hizo enviar el aviso que encontré en el círculo, demasiado tarde, desgraciadamente!

—¡Ojalá acierte usted! — replicó Raimundo, que estaba muy lejos de compartir la confianza del marqués,—pero, puesto que ha venido a buscarnos, no debemos dejarle marchar hasta que consigamos descubrir sus planes. Y le juro a usted que estoy dispuesto a degollarle como a un cordero si no responde como es debido a nuestras preguntas.

—¡No olvidemos, Raimundo, que tienen rehenes!

—¡Rehenes a los que asesinarán aunque respetemos a Huáscar! ¡Ah, marqués, tengo ansia de batirme, tengo ansia de matar! ¡Quisiera morir!

—¡Y yo quisiera salvar a mis hijos, monsieur Ozoux!

Esto fué dicho con una entonación tan glacial, que Raimundo sintió frío en el corazón. No pronunció una palabra hasta que llegaron a la posada.

Al entrar, Natividad vió en el zaguán, arrimado a la pared ocultándose, o mejor dicho, creyendo ocultarse tras un carrito y mirando con extraña fijeza lo que sucedía en la taberna en donde estaba Huáscar, a un hombre de singular catadura.

Era un anciano alto, esqueletado, cuyo cuerpo temblón se apoyaba en un cayado. Un capote hecho un guiñapo flotaba sobre sus hombros. Algunos mechones de pelo blanco caían a lo largo de un rostro espantosamente pálido, de ojos sin brillo. Natividad se detuvo y contempló a aquel espectro preguntándose:

—Pero, ¿en dónde he visto yo esta cara?... ¡Esta cara no me es desconocida!...

El marqués entró rápidamente diciendo á Raimundo:

—¡Vaya usted a buscar a Huáscar, dígame que le espero en mi cuarto y llévemele!

La escalera que era preciso subir para ir al

piso principal, arrancaba del zaguán. Al poner el marqués el pie en el primer escalón, vió a Natividad, parado y mirando al hombre cuyo retrato acabamos de hacer.

Entonces miró al viejo a su vez; llamóle la atención aquel fantasma y, mientras seguía subiendo, se preguntaba:

—¿Pero en dónde he visto yo ese espectro? ¡No es la primera vez que le veo!

A PENAS hubo entrado el marqués en su cuarto, cuando apareció Huáscar entre Raimundo y Natividad, como un prisionero entre sus dos guardianes. El indio se quitó el sombrero, dió los buenos días al marqués en "aimara": ¡Dios anki tiurata"!—lo que para un quichúa es una prueba de gran veneración, porque este idioma era el que adoptaban los sacerdotes incas en las fiestas del "Interaymi" y cuando hablaban al pueblo congregado en las ceremonias del culto al Sol. Luego, como el marqués le miraba severamente sin responder a su saludo tomó la palabra en español.

—¡ Señor!—dijo con voz ruda, pero firme;—le traigo a usted noticias de la señorita y del niño. Si el Dios de los cristianos, a quien mi bienhechora y los "padres" me enseñaron a invocar, secunda los esfuerzos de Huáscar, pronto le serán devueltos a usted los dos, sanos y salvos.

Cristóbal, a despecho de los sentimientos tumultuosos que le agitaban y de su impaciencia por conocer el plan de Huáscar y el fin que se

proponía, se esforzaba en mostrarse frío, tan dueño de sí como el indio. Se cruzó de brazos y preguntó:

—¿Por qué tú y los tuyos habéis cometido el crimen de robarlos?

Huáscar replicó:

—¿Por qué tú y los tuyos habéis cometido el crimen de dejároslos robar? ¿No te avisé? ¿Pudiste creer ni por un momento que el que te avisaba no era Huáscar? ¿Por ti, Huáscar ha traicionado a sus hermanos, a su dios y a su patria! pero recordó que la madre de la señorita recogió un día en las calles del Callao a un niño completamente desnudo, y juró salvar a la señorita del terrible honor de entrar en los palacios encantados del Sol.

El indio calló. El marqués le tendió la mano. El no la estrechó.

—Gracias, señor—dijo el indio con voz ronca.

Y una triste sonrisa resbaló por sus pálidos labios.

—Y mi hijo, Huáscar, ¿me le devolverás también?

—¡Su hijo de usted no corre ningún peligro, señor! ¡Huáscar vela por él!

—¡Sí, sí! ¡velas por mi hijo, velas por mi hija y tal vez mañana me quedaré sin mis hijos!

—¡Te quedarás sin hijos—replicó Huáscar con expresión cada vez más sombría—si no haces todo lo que Huáscar te diga! Pero si haces todo lo que Huáscar te diga, te juro por los manes de Atahualpa que espera a tu hija y a quien trai-

ciono, para mi condenación eterna, que la señorita se salvará.

—¿Y qué es necesario hacer?

—¡Nada! Para eso ha venido Huáscar a buscarte. Para decirte: ¡No hagas nada! ¡Quédate aquí! ¡Quédate aquí con tus amigos! No vuelvas a acercarte a la casita de “adobes” del río Chile. ¡No persigas a los ponchos rojos! “¡No despiertes su desconfianza!” ¡No hagas nada para ponerlos en guardia! ¡Y déjame obrar a mí! Respondo de todo si me das tu palabra de que no volveremos a veros rondar a nuestro alrededor ni a ti ni a los tuyos. Os conocen. Vuestra aparición, por misteriosa que sea, es anunciada en el acto y las mamaconas forman la “cadena negra” alrededor de la prometida del Sol, ¡dispuestas a matarla en cuanto aparezcan los primeros rostros extraños “y a ofrecerla muerta a Atahualpa si no pueden entregársela viva!” No abandonéis esta posada o por lo menos, no salgáis de los límites de esta plaza! Si me juras eso, puedo prometerte una cosa, y es que esta noche, a eso de las doce, te traeré aquí a tu hijo, a tu querido Cristóbal, a quien pronto sucederá tu hija en tus brazos!

El marqués fué a coger un pequeño crucifijo que estaba colgado en la pared encima de la cama y se acercó a Huáscar.

—La marquesa te hizo educar en nuestra santa religión,—dijo;—júrame que verdaderamente harás lo que acabas de decir, ¡júramelo por Cristo!

Huáscar extendió la mano y juró.

—Yo no necesito más que su palabra de usted —dijo al marqués después de haber jurado.

—¡La tienes!—declaró Cristóbal.—¡Y te esperamos aquí a las doce!...

—¡A las doce!—repitió Huáscar que se puso otra vez su sombrero y se dirigió a la puerta.

—Señores,—preguntó el marqués volviéndose hacia Raimundo y Natividad cuando se oyeron los pasos del indio en la escalera,—he dado mi palabra y la cumpliremos. Creo firmemente que Huáscar nos sacará con bien de esta espantosa aventura. No tenemos ningún motivo para dudar de él después de la prueba de abnegación que por dos veces nos ha dado, avisándonos en Cajamarca y en Lima.

—¡Opino lo mismo!—dijo Natividad.

Pero Raimundo callaba.

Había observado varias veces la mirada del indio, y estaba seguro de no haber encontrado en ella esa franqueza sublime de que alardeaba en sus discursos.

—¿Qué dice usted de esto, Raimundo? ¿Qué efecto le ha causado?

—¡Mal efecto!—replicó el joven.—Ahora, tal vez me engañe, me doy cuenta de que Huáscar me aborrece y yo no le quiero. Nos hallamos en mala disposición de ánimo para juzgarnos el uno al otro. ¡Entre tanto, somos sus prisioneros!—agregó.

Pero, la triste reflexión de Raimundo se perdió entre el ruido que hizo Natividad al abrir la ventana. Al mismo tiempo, exclamó:

—¡Le aseguro a usted que yo he visto esa cara en alguna parte!

—¡También yo! ¡seguramente no me es desconocida!...—replicó Cristóbal que se había acercado a Natividad.

Raimundo se unió a ellos. En la plaza descubrió el enorme anciano esqueletado al que ya viera en el portal.

Siempre apoyado en su bastón, deteniéndose nuevamente y ocultándose de una manera pueril, ya detrás de un carro, ya bajo un cobertizo, seguía a Huáscar. El indio se había vuelto dos o tres veces hacia aquel hombre y luego prosiguió su camino sin preocuparse más de él. De repente, el marqués, que permanecía pensativo en la ventana, retrocedió, muy pálido.

—¡Oh!—murmuró,—¡reconozco a ese hombre! ¡Es el padre de María Cristina de Orellana!

En el mismo instante, Natividad lanzó una sorda exclamación:

—¡Sí, sí! ¡El es! ¡Todos le conocimos en Lima antes de su desgracia!...

Quedaron anodados por la aparición de aquel fantasma que surgiera ante ellos como para recordarles que también él había tenido una hija, bella y amada, una hija que desapareció diez años antes, durante las fiestas del "Interaymi"... una hija a la que no volvería a ver nunca. El marqués ya no dudaba de esta desgracia. Se dejó caer, aterrado, en una silla, y cuando le sirvieron la cena, no la tocó, no obstante las palabras de aliento de Natividad que le recordaba las prome-

sas de Huáscar. En cuanto a Raimundo, después de oír la exclamación del marqués, bajó a la plaza, y, en la rinconada en que está la calle que conducía a la casita de "adobes" del río Chile, alcanzó al gigantesco anciano esqueletado y le puso la mano en el hombro. Volvióse el otro y contempló un instante a Raimundo.

—¿Qué me quiere usted?—le preguntó con una voz débil y sin inflexiones.

—Quisiera saber por qué sigue usted a ese hombre.—Y señaló a Huáscar, que doblaba la esquina.

—¡Cómo! ¿no lo sabe usted?—preguntó el viejo asombrado.—¿Ignora usted, pues, que pronto llegará el solemne día del "Interaymi"? He seguido a ese hombre que manda la escolta de la Esposa del Sol. Es el jefe de los "ponchos rojos" que llevan a "mi hija" a Cuzco, en honor del gran Atahualpa. Pero, ahora no la dejaré morir, como la última vez. La salvaré y nos volveremos muy tranquilamente a Lima, en donde la espera su novio. ¡Gracias, señor!...

Y se alejó con toda la velocidad de sus largas piernas, apoyándose en su bastón.

—¡El desdichado está loco!—dijo en voz alta Raimundo que se cogió la cabeza con las manos como si tuviese miedo de perder también él la razón. Sufría aún más que durante su loca persecución por la costa, más que en el horrible instante de descubrir el rapto. Aquella extraordinaria situación de "inmovilidad", a dos pasos de María Teresa condenada al tormento y encerrada

en una casa, en plena ciudad civilizada, llenaba su corazón de un dolor frenético. ¡No poder hacer nada, nada más que esperarlo todo de la benevolencia, de la gratitud y acaso de la traición de Huáscar! ¡Pero en fin, las horas pasan! pensó apretando sus puños impotentes... Sería preciso hacer algo, no dejarse detener por los guardias, los soldados de García que velaban inconscientemente por aquella presa sagrada. ¡Soñaba con correr a la casita de "adobes", aguantar el tiroteo de los milicianos y de los ponchos rojos, forzar la puerta de aquella cárcel y penetrar en ella ensangrentado y jadeante para expirar a los pies de María Teresa!

¿Y luego? ¿La salvaría de aquel modo?

El marqués tenía razón; era necesario contenerse, reflexionar, valerse de la astucia, tratar de sobornar a aquellos miserables... ¡entrar en tratos con ellos!... ¡Ya verían lo que debían hacer a las doce, cuando volviese Huáscar!... ¡Las doce, cuántas horas faltaban aún! Dió por dos veces la vuelta por la plaza, preguntándose si no sería posible levantar en armas aquella ciudad, publicando a gritos la verdad...

En aquellas casas, tras de aquellas galerías, de aquellas colgaduras, de aquellas guirnaldas, no había todo un pueblo que se rebelaría seguramente al enterarse de que aquellos infames indios se proponían sacrificar a una cristiana. Estuvo a punto de detenerse en medio de la plaza y de gritar: "¡Socorro!"... "¡Socorro!"... pero un gran ruido de música y de cánticos le hizo

volver la cabeza. Del fondo de una calle lejána llegaban rumores de fiesta, y ante Raimundo apareció aquel vecindario al que él quería sublevar contra García y que sólo obedecía a García, quien lo mismo que Pilatos en presencia de Jesús, había dicho "que se lavaba las manos".

La multitud se acercaba al son de tambores y trompetas y a la luz de antorchas y faroles, porque ya era de noche. Y llegó a la plaza aquel cortejo que era una cabalgata y al mismo tiempo una procesión. Figuraban en él antorchas y cirios, banderas, cruces y misteriosos emblemas que tal vez tuvieran dos mil años de fecha. Los "padres", que en el Perú constituyen todo el clero de las provincias del interior, sólo han logrado alcanzar algún ascendiente sobre los indios, respetando sus supersticiones... Así, en una manifestación a la vez civil, patriótica y religiosa como aquélla, veíanse confundidos de la manera más estrambótica y más salvaje al mismo tiempo el cristianismo y el paganismo propio de los indios. Evidentemente, ni la aristocracia del Perú, ni aun la de Atahualpa figuraban en la fiesta, pero en aquella plaza resplandeciente de luz, como si en ella hubieran encendido una inmensa hoguera, se apiñaba la muchedumbre enloquecida que cantaba, reía, fumaba, bebía y bailaba, en tanto que los indispensables "buscapiés" estallaban entre las piernas de todos. Unos entraban en la iglesia, en donde seguían bailando, y otros penetraban en el teatro, guardando en cuanto se veían dentro el más religioso silencio. Esperaban al dictador para comen-

zar la representación. Raimundo, cada vez más furioso, se cruzó de brazos, contemplando "el entusiasmo popular". "¡Imposible hacer nada con estos brutos!" Y resolvió ir a la casita de "adobes" a pesar de lo que había dicho Huáscar; y, quebrantando sin ningún remordimiento la palabra del marqués, abandonó la plaza, oprimiendo nerviosamente su revólver en el bolsillo de su americana. ¿Qué locura iba a cometer? ¿Qué se proponía? Esto fué precisamente lo que le preguntó el propio Huáscar, que acababa de aparecer ante él.

—¡Señor! ¿adónde va usted?

Y le puso la mano en el brazo, deteniéndole.

—Demasiado sabe usted adonde voy—respondió bruscamente Raimundo.

Y quiso continuar su camino. Huáscar se opuso a ello.

—Vuélvase a su casa, señor—le dijo el indio con voz firme—, y antes de dos horas estaré yo allí con el marquesito. Pero si da usted un paso más, no respondo de "su novia".

La voz de Huáscar tembló al pronunciar estas palabras: "su novia". Raimundo miró a Huáscar: sólo vió odio en los ojos del indio.

—¡María Teresa está perdida!—se dijo, presa de la mayor desesperación. De repente, una luz divina iluminó el abismo al fondo del cual se sentía rodar con María Teresa.

—Huáscar — dijo con solemne entonación—, si salva usted a la hija del marqués de la Torre...

Se detuvo un instante, porque el corazón le daba contra el tórax tan rudos golpes, que por un momento creyó ahogarse. Los pocos instantes de silencio que precedieron a aquél en que pronunció las palabras que tenía que decirle a Huáscar, que debía decirle, le parecieron eternos, y debía conservar para siempre en su memoria la sombría visión de aquel rincón de una calle triste y desierta, de aquel oscuro soportal en el cual se habían refugiado el indio y él y hasta el cual llegaban con intermitencias los gritos de la Plaza Mayor y el ruido muy cercano de los "buscapiés", que los chiquillos hacían estallar en las calles inmediatas entre las piernas de los transeúntes. A la derecha, en una ventana de un piso principal, lucían con parpadeos de lamparilla hasta seis vasos de colores, en los que la familia de arequipeños, que en aquella casa vivía, había encendido sendos cabitos de vela en honor de García antes de salir a presenciar la retreta y la recepción triunfal en el teatro municipal. Esperó a que un indio que pasaba encorvado bajo el peso de una carga de "pellones" (mantas para los caballos) se alejase en dirección al río Chile, y hasta que dejó de oír en el empedrado el ruido del "polco" con que los quichúas calzan sus pies desnudos, no comenzó de nuevo a hablar. Tal vez esperase, inconscientemente, que algún suceso imprevisto le impidiese decir estas palabras que su interlocutor oyó con la inmovilidad de una estatua: "Si la salvas te juro por mi Dios, que María Teresa no será mi mujer". Huáscar no respondió al pronto. Semejante

proposición debió cogerle desprevenido. Al fin dijo:

—¡La salvaré! Y ahora vete. Vuelve a la posada. Iré a las doce.

Y se dirigió al río Chile, sin ocuparse de Raimundo. Este volvió a la "Plaza Mayor", aturcido, persuadido de que había salvado a María Teresa. Estaba tan absorto en sus pensamientos y saboreaba con tal fruición el amargo goce de su sacrificio y de su victoria, que no veía nada de lo que pasaba en torno suyo y estuvo a punto de hacerse atropellar por un escuadrón de húsares que arrollaba a la multitud a su paso. Entonces no tuvo más remedio que levantar la cabeza. Rodeada por aquel escuadrón que pasaba galopando, vio una carretela arrastrada por cuatro caballos empenachados, y en la carretela dos hombres: el general García, con todos sus entorchados, todas sus condecoraciones y todas sus plumas..., y junto a él, con un correcto frac negro que encuadraba la irreprochable pechera blanca, la figura serena y misteriosa de Oviedo Runtu. En cuanto reconoció a este último, Raimundo se abrió paso por entre la multitud, crispando las manos prontas a estrangularle. Pero la muchedumbre le arrolló y se encontró de repente en el teatro sin poder darse exacta cuenta de cómo había entrado allí. Quiso salir inmediatamente, pero no lo consiguió. García, inclinado sobre el antepecho del palco presidencial, rodeado de su brillante Estado Mayor, cuyos entorchados centelleaban a la luz de las candejas, saludaba a la multitud que le aclamaba.

Raimundo estaba colocado de tal manera que no podía ver a Oviedo Runtu, el cual se ocultaba modestamente detrás de una columna del palco, dejando al general toda la gloria. El público gritaba y palmoteaba con entusiasmo.

EN EL QUE APARECE DE NUEVO EL TÍO GASPAR

UNA actriz de París, "de la Comedia Francesa", recitó unas estrofas en español en las que llamaba a García "salvador de la Patria". Levantóse el telón y apareció sobre un pedestal un busto de general, que había servido ya para otros muchos generales, y que en aquella ocasión representaba al general García. Este monumento estaba rodeado por toda la compañía que entonó un coro. Después de lo cual desfilaron los artistas pronunciando cada uno de ellos un discursito delante de la estatua y cubriéndola de palmas y coronas.

En el momento en que el busto iba a desaparecer bajo aquella hojarasca símbolo de la gloria, presentóse una señorita vestida de india quichúa, con la túnica de lana abierta en el pecho, una docena de faldas de diferentes colores puestas una sobre otra, y el manto de lana sobre los hombros sujeto bajo la barbilla por un enorme alfiler de plata en forma de cuchara.

Inmediatamente la aclamó todo el elemento inferior de la sala. Y ella, a su vez, para demostrar

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que nada faltaba en el triunfo de García, cantó, en quichúa, una canción en la que decía que también el pueblo indio tenía puestas todas sus esperanzas en el salvador de la patria. Al terminar la última copla, gritó, como era natural: "¡Viva el general García!", pero algunas voces contestaron inmediatamente: "¡Viva Huayna Capac Runtu!"

Se produjo un tumulto espantoso. Todos los indios que había en la sala y también muchísimos mestizos que recordaban su origen y que estaban cansados de verse despreciados por los blancos, se pusieron de pie y comenzaron a gritar: "¡Viva Huayna Capac Runtu", en tanto que la raza puramente peruana, que ocupaba los palcos, se abstenía de toda manifestación.

Pero en el palco presidencial, el general García atraía hacia su pecho constelado la pechera de deslumbradora blancura del empleado del Banco franco-belga y abrazaba delante de todos al ilustre descendiente de los reyes Incas.

Aquello fué el delirio. La representación había terminado. Raimundo fué arrastrado afuera como había sido arrastrado adentro. Había visto lo bastante para comprender la inutilidad de la visita del marqués al dictador. Este no podía nada contra los indios y el verdadero amo era Oviedo. Raimundo sólo confiaba ya en Huáscar. Corrió a la posada.

Encontró al marqués y a Natividad inquietos por su ausencia y por todo lo que había podido hacer durante aquel tiempo. Por lo que hace a Francisco Gaspar, nadie le había visto desde la

llegada a Arequipa, y nadie se ocupaba de él. Raimundo les dijo que se había encontrado a Huáscar y que éste había renovado las promesas hechas al marqués, y en tal forma, que a la sazón creía en su buena fe. La cita era, como siempre, para las doce. El indio debía traer a Cristobalito.

No volvieron a cruzar una palabra hasta las doce; no hacían más que mirar por la ventana, por ver si descubrían en la plaza algo que confirmase sus esperanzas. Natividad estaba tan impaciente como sus compañeros. Natividad tenía buen corazón, y había avanzado tanto que ya le hubiese sido difícil retroceder sin desmerecer a sus propios ojos. Además, se había comprometido de tal manera desde el punto de vista administrativo, que, bien mirado, le convenía más seguir hasta el fin al marqués, el cual, sucediera lo que sucediera, no le dejaría morir de hambre.

Al fin llegó la media noche y el reloj de la iglesia lanzó las doce campanadas.

El teatro estaba vacío desde hacía mucho tiempo. La plaza aparecía casi desierta. Los faroles se habían apagado. Pero la noche era clara y podían verse perfectamente los transeúntes que, a lo largo de los porches, regresaban a su domicilio. Ni uno solo se dirigiría a la posada del Jockey Club. Las doce y cuarto. Ninguno de los tres hombres se atrevía a pronunciar una palabra.

¡Las doce y media, y nada! El marqués lanzó un suspiro desgarrador. A la una menos cuarto Raimundo se acercó a la lámpara que lucía sobre una mesa. Examinó minuciosamente el re-